DÉBORA

ó

EL PUEBLO LIBRE.

EPISODIO BÍBLICO EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

Estrenado en el Teatro Principal de Málaga, en la noche del 21 de Enero de 1869.

MÁLAGA.

Imprenta del Correo de Andalucía.
1869.

DÉBORA.

DÉBORA

ó

EL PUEBLO LIBRE.

EPISODIO BÍBLICO EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

Estrenado en el Teatro Principal de Málaga, en la noche del 24 de Enero de 1869.

MALAGA.

Imprenta del Correo de Andalucia.
1869.

A MIS DISTINGUIDOS AMIGOS

de la Sociedad Dramática

LA CARIDAD:

Mi primer obra dramática y mi primer triunfo en la escena los debo á vosotros.

Vosotros me alentásteis á escribir este ensayo, y supísteis luego con vuestro talento, conquistar aplausos.....

Un doble deber me impulsa á dedicaros mi humilde produccion.

Solo abrigo una duda.

¿Habré satisfecho vuestras aspiraciones?

AUGUSTO JERÉZ.

PERSONAGES.

DÉBORA, profetisa.
JAHEL, mujer israelita.
BARÁC, general israelita.
SÍSARA, general del ejército de Jabin.
UN HOMBRE.

Pueblo y soldados.

La escena tiene lugar en la época de los Jueces. (Véase la Biblia.)

ACTO ÚNICO.

Campo en la Palestina. En un lado una palmera. En el fondo algunas colinas.

ESCENA I.

DÉBORA, sentada al pié de la palmera. El pueblo se agrupa á su alrededor

DÉBORA. Y pasaron mas dias; y los hijos
de Israel á sus crímenes volvieron;
y el Señor, cuya diestra omnipotente
lo mismo abate al grande que al pequeño,
justa expiacion de sus eternas faltas,
enemigos mandó á su triste pueblo.
HOMBRE. Siempre el castigo tras la falta viene.
DÉBORA. ¿Lo censuras quizá?
HOMBRE. No, que lo apruebo;
mas ¿por qué tantas veces el castigo
que á las naciones manda airado el cielo
es un rey opresor?
DÉBORA. Por que no hay plaga
tan espantosa como un rey perverso.
¿Dónde hallar mas dolores ni agonía,

que de un déspota infame bajo el cétro?
El hombre necesita, no lo dudo,
un jefe que lo mande.

HOMBRE. Cierto, cierto.

DÉBORA. Pero si sois hermanos, debe el jefe
ser padre amante, de bondad modelo.

HOMBRE. (Con tristeza.) ¡Pobre Israel!
(A Débora.) Prosigue tu relato,
y otros dias mejores esperemos.

DÉBORA. Despues, año tras año deslizose
con su marcha de atleta raudo el tiempo,
y Josué valeroso, es el caudillo
que á Moisés sustituye en el gobierno.
Varon ilustre, su potente brazo
era llamado á eternizar los hechos
de las tribus que hoy envilecidas
sufren de esclavitud el duro hierro.
¡Oh caudillo inmortal! tu sombra amada
de valor y de fé llena mi pecho.
De los héroes gigantes, la memoria
es bálsamo que alivia tristes duelos.
Dios en los héroes que á la tierra vienen
nos envia magníficos ejemplos,
para que el hombre por la luz guiado
de sus hazañas y atrevidos hechos,
los practique á su vez. Así en los siglos
diferentes varones conocemos
que el ejemplo imitando provechoso
de otros varones que los precedieron,
en série dilatada van formando
la historia viva donde todos leemos.
Ahora, sin duda, vuestra mente olvida
las gloriosas hazañas de otro tiempo,
y en letargo profundo, vuestras almas
duermen pesado y vergonzoso sueño.

(Agitacion en el pueblo.)

(Débora se levanta.)
¿Qué os falta? Respondedme... mas... callais!
¡Es verdad, pobres hijos, lo comprendo!
Sois esclavos, y el alma no se atreve
á pronunciar un nombre. ¡Temor nécio!
(Con escitacion.)
¿Qué os dice, pues, de vuestra frente mísera
el rubor que la inunda ante mi acento?
¿Qué os dice la razon, si audáz formula
atrevido y gigante pensamiento?
¿Qué os dice la conciencia si mirais
que de un tirano sois esclavos ciegos?
¿Qué os dice?
(Varias voces del pueblo.) ¡Libertad!
DÉBORA. ¡Libertad santa!
¿La pretendeis?
(Varias voces.) Sí, sí, la pretendemos.
DÉBORA. Pues bien, oidme todos.
HOMBRE. Ya escuchamos.
DÉBORA. (Con animacion creciente.)
La libertad es don que el alto cielo
al hombre concedióle, como emblema
de un porvenir á su ambicion abierto.
El hombre es libre, y sin tan rica herencia
nunca es feliz, ni grande, ni completo.
Es libre, y debe á todos sus hermanos
unir en lazo fraternal y estrecho.
Es libre, y debe proclamar gozoso
la IGUALDAD, esperanza de los pueblos.
(Con entusiasmo.)
Un dia llegará, no lo dudeis,
en que rotas rodando sobre el suelo
las coronas de Príncipes-verdugos,
levantará arrogante sus acentos,
el hombre que oprimido entre cadenas
de amarga tiranía sufra el peso.

¡Ay entónces del déspota orgulloso
que bebia la sangre de su pueblo!
¡Ay del manto de armiño y escarlata
que mostraba en sus hombros altanero!
¡Ay del trono radiante, á cuya vista
el vasallo postrábase gimiendo!
Ante la voz de ¡LIBERTAD! el trono
temblará, vacilando en sus cimientos,
y hecho trizas el manto de escarlata,
vil alfombra será del pavimento.

HOMBRE. ¡Libertad! ¡Libertad! esclavos somos;
dános la libertad; que el cautiverio
termine.

DÉBORA. ¿Teneis fé, y en vuestros brazos
confiais?

(El pueblo á una voz.) ¡Sí! ¡Sí!

DÉBORA. Benigno el cielo,
mis súplicas escuche.

HOMBRE. Mas ¿quién puede
al combate llevarnos?

DÉBORA. ¿Que quién? Vedlo.
(Entra BARÁC por un lado.)

ESCENA II.

Los mismos—y—BARÁC.

(Todos los hombres con sorpresa.) ¡Barác!

BARÁC. ¡Amigos! ¡Débora!

DÉBORA. Jehová te envia.

BARÁC. El alma
te saluda, mujer, con gozo puro.
¿De qué tratabas, dí, bajo la palma
donde te escuchan de Israel los hijos?

DÉBORA. Contábales la historia

de sus duelos prolijos,
y á la infausta memoria
de sus dolientes hechos,
lloraron ¡ay! en lágrimas deshechos.

BARÁC. ¿Llorar? ¿llorar? ¿Acaso no adivina
el pueblo de Israel, que Dios te ha dado,
sublime profetisa, el dón preciado
de su inmortal espíritu, y que puedes
romper á tu albedrío
el yugo infausto del monarca impío?

DÉBORA. Es verdad, el Señor me favorece;
pero á tu diestra solo,
libertar á mi pueblo pertenece.

BARÁC. Contento y feliz diera
mi sangre gota á gota
por ver su amarga servidumbre rota.
Mas ¿qué puede el deseo
ni el corazon valiente,
contra el yugo potente
que al israelita enfrena
entre el hierro fatal de su cadena?

DÉBORA. ¿Ignoras por ventura
que la justicia al hombre le asegura
el éxito que ansía?

BARÁC. Tu palabra me alienta.

DÉBORA. En ella fia;
y pues de Dios en nombre,
Barác, hablarte quise, cumple ahora
la mision salvadora
que en su juicio sagrado,
á tí la Providencia ha confiado.

—

Jabin, rey de Chanaám,
oprime al israelita ha veinte años:
el pueblo triste clama
contra su yugo, pero clama en vano.

Con belicoso alarde
muestra sus huestes y guerreros carros.
y sin temer insultos
Jabin insulta á nuestro pueblo amado.

—

Barác, Dios ha dispuesto
que tú rompas la cárcel del esclavo;
apréstate á la lid
y el cielo te dará brillantes lauros.

—

Instrumento ó verdugo
de Jabín soberano,
Sísara el general
contra Israel levanta sus soldados.

—

Entre los hijos todos
de Zabulon y Nephtalí bizarros,
buscarás los guerreros
que han de humillar al enemigo ufano.

—

Sube al monte Tabór
que audáz se eleva sobre ameno llano,
y forma tus legiones
del torrente Cisón junto al barranco.

—

Y allí, con fé sublime,
librarás el combate sanguinario,
y el feróz enemigo
caerá, vencido, en tus potentes manos.

—

(Varios hombres.) ¡Al combate! ¡Al combate!

DÉBORA. (A Barác.) Ya lo escuchas.

BARÁC. No me atrevo, mujer.

DÉBORA. ¿Temiste acaso?

BARÁC. Sin ti no partiré.

HOMBRE. (A Débora.) ¡Ven con nosotros

serás nuestra esperanza en la pelea!

BARÁC. Ven pues: en tí confio.

DÉBORA. (Con entusiasmo.)

¡Marchemos, pueblo mio!

¡Marchemos y que Dios contigo sea!

(Salen todos precedidos de DÉBORA y BARÁC.)

MUTACION.

Selva á todo foro. Varias palmeras y otros árboles. A un lado una tienda de campaña practicable: dentro de ella un banco, y en el pilar ó lienzo posterior de la tienda una espada y un escudo colgados. En el suelo una odre ó jarro de la época. En el fondo de la escena varias colinas practicables.

ESCENA III.

JAHEL—dentro de la tienda.

¡Oh! ¡qué terrible vision!
A su recuerdo, mi alma
se estremece. ¡Sangre! ¡Sangre!
nunca mire yo manchadas
con ella mis manos. Nunca
de un triste crímen la causa
yo sea. ¡Delirio insano!
Y ¿por qué tiemblo? Aun me espanta
lo que he soñado. Olvidemos
esa memoria.
(Se oyen voces lejanas.) ¿Se engaña
mi oido?
(Abre la puerta y se asoma.) No. Son voces,
y clamores son de rabia.

(Corre á la cumbre de una colina y mira con atencion.)
¡Ah! ¿Qué veo? Sí; no hay duda.....
Hácia aquí vienen..... Avanzan.....
Persiguen á un fugitivo.....
Perdieron sus huellas..... Gracias,
Dios mio..... Que salvo y libre
pueda llegar á mi casa. (Baja de la colina.)
(Entra SÍSARA agitado, sin casco ni espada, y con la ropa descompuesta.)

ESCENA IV.

JAHEL—y—SÍSARA.

JAHEL. Entra, señor, y no temas. (Señalando á la tienda.)
SÍSARA. ¿Me conoces?
JAHEL. No: mas basta
que sufras para que yo
te ofrezca mi pobre estancia.
SÍSARA. ¡Buen corazon! Yo soy Sísara.
JAHEL. (Sorprendida.) ¡Sísara!
SÍSARA. ¿Acaso te estraña?
JAHEL. ¿Estrañarme?.... De mi esposo
eres amigo; se llama
Haber Cineo. y en paz
con tu rey Jabin se halla.
SÍSARA. Cierto mujer.
JAHEL. Mas, reposa.
SÍSARA. Sí, que las fuerzas me faltan.
(Entran en la tienda y él se sienta.)
¡Oh! ¡qué fuga tan horrible!....
Tengo sed..... mi sed aplaca.....
JAHEL. Espera.
(Toma la odre y le dá á beber.) Toma señor.
SÍSARA. Esa bebida restaura

mis fuerzas. Ahora, te ruego
que vigiles, por si pasa
algun guerrero enemigo
que del campo de batalla
venga en mi busca.

JAHEL. No temas;
vuelva al pecho la esperanza:
duerme, Sísara, tranquilo,
que mi cuidado te guarda.

(Sale JAHEL y escucha. SISARA queda mientras pensativo.

JAHEL. (Desde la puerta.)
Nada escucho. Sin duda se alejaron.
Los rumores traidos por el viento
en los cóncavos écos se apagaron,
y tranquilo reposa el campamento.
(Con pena.) Huyeron las gacelas asustadas,
la trompa al escuchar, que á lid convoca;
gemidos exhalando de su boca
y vertiendo en redór tristes miradas.
El campo, ayer jardin de ricas flores,
hoy se viste de abrojos,
y por doquier que tornen nuestros ojos,
encuentran los horrores
de la guerra fatal con sus despojos.

(Recorre la escena y vuelve á la tienda.)

SÍSARA. (Dormido y delirando.)
¡Maldicion! ¿Desde cuando
se atreve á levantar su rostro impuro
el pueblo esclavo, sin temer mis iras?
¿Mi voz ya no le espanta?
Pues ahogaré la suya en su garganta.

JAHEL. (Escuchando.) ¿Qué dice?

SÍSARA. Nunca esperes,
miserable israelita, el férreo yugo
destrozar de Jabin: es tu verdugo,
y en vano gritarás, que tus clamores

no dejarán mas huella
que deja en el espacio
la nube de purísimos colores.
(Pausa.)
¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Cuál me gozo en tu agonía!
¡Llora Israel!... El grande
humillará al pequeño.

JAHEL. (Con visible dolor.) El alma mia
se apena, justo Dios. ¡Ah pueblo amado!

SÍSARA. (Soñando, se levanta.)
¿Qué fantasma es aquel? A mi se acerca...
Oigo su voz... me llama... me maldice...
¡Es Barac! Ha juntado
diez mil bravos guerreros...
¿Quiéres luchar? ¿Qué pueden, dí, tus gentes
con mis tropas valientes;
ni qué son los aceros
con que sus armas ornan tus veloces
ginetes orgullosos,
al lado de mis hoces
y mis carros famosos?
No esperes, insensato.
Del monte presto baja, ó tus legiones
destrozadas verás, torpe caudillo,
al trotar de mis rápidos bridones.
(Cae sentado en el asiento.)

JAHEL. ¡Dios mio, compasion! Sufrir no puedo
el pesar que me oprime.
Mi pueblo triste gime
en larga esclavitud, y llora en vano.
Un déspota cruel, un vil tirano
lo inmola sin piedad. ¡Ah justo cielo;
calma del israelita
el crudo amargo duelo!

SÍSARA. (Delirando.)
Detén, Barác, el ímpetu arrogante

de tu guerrera tropa.....
Piedad, piedad; ya llegan.....
ya del clarin vibrante
la marcial armonía
inunda de pavor el alma mia.....
ya cercado me siento
de enemigos sin cuento.....
¡Oh! ¡caballos, corred! Rápido avanza
el soldado israelita.....
¡Ah! ¡valor y esperanza!....
Soy perdido... Mas no... Los he burlado...
Este es el campamento
de Cineo y Jahel ¡Heme salvado!

JAHEL. ¡Revelacion horrible! El enemigo
de mi pueblo adorado
en mi tienda descansa; está conmigo
y en su fatal delirio me descubre
de Israel la amargura y los dolores.
¡Maldita la existencia
del tirano que oprime al pueblo triste!...
del rey-verdugo, que la voz no escucha
de su fria conciencia,
y que de fama equívoca anhelante,
al grito de «¡conquista y adelante!»
corre á ceñir su frente maldecida
con el lauro de gloria envilecida.
Pueblo infeliz, ¿por qué duras cadenas
arrastras, dime, si tu Dios te ha dado
inteligencia y fé para que labres
á tu gloria inmortal templo sagrado?
Y serás libre, sí; pues Dios es justo.
Pero ¿cómo romper tu servidumbre
si de enemigos ¡ay! la muchedumbre
te asedia sin piedad?... Mira cual lucha
tu juventud valiente..... Escucha, escucha
el clarin vibrador que grita *¡guerra!*

Tus sueltos estandartes van flotando
sobre las huestes que los campos visten:
tus corceles alígeros, marchando
atropellan y matan..... No resisten
los débiles infantes, el empuje
del fogoso ginete. ¡Ay! ¡cómo ruge
clamoroso el torrente, repitiendo
del combate feroz el rudo estruendo.
(Breve pausa.) ¡Israel! ¡Quién pudiera
darte la libertad! ¡Vana quimera!
Mas no. Yo soy quien puede
libre mi pueblo hacer..... Aquí descansa
Sísara infame..... ¡Nunca!....
¡Qué horrible pensamiento!
La amistad, la desgracia.....
Yo no debo, traidora,
su sangre derramar. Mi campamento
ha sido su refugio. Dios ordena
que libre quede en él..... Pero ¿qué digo?
(Con escitacion.) Sísara es enemigo
de mi pátria. Su muerte
al punto romperia la cadena
que arrastra el israelita.....
Y ¿aun vacilo? ¿Aun mi mano
teme verter la sangre de un tirano?
¿Qué importa la amistad, ante la idea
de dar al pueblo esclavo
la libertad sagrada que desea?
Yo puedo á mi albedrío,
decir á mis hermanos. «Pueblo mio,
toma la libertad, de Dios en nombre:
sé feliz y recibe con anhelo
ese tesoro que te envia el cielo.»
¡Valor! (Se acerca á SÍSARA y lo mira despacio.)
Duerme intranquilo.
Aun se agita en su mente

la vision pavorosa,
que á su pecho robó la dulce calma,
y en su nublada frente
se refleja el pesar que abriga el alma.

(Dirigiéndose á SÍSARA dormido.)

El misterioso juicio
del Dios de mis mayores,
á mis manos te entrega.
Instrumento propicio
de su divina ley, yo los dolores
haré que cesen de mi pueblo amado.

(Toma la espada, se acerca á SÍSARA y lo mata. El general lanza un grito y cae al suelo.)

Muere, Sísara, pues. Dios lo ha mandado.

(Con entusiasmo.)

¡Pátria mia! la sangre derramada
te dá la libertad. Si roja tiñe
esta sangre mi mano,
purifica su mancha dilatada,
porque el último aliento del tirano
es el primer albor de un nuevo dia,
emblema de tu gloria y tu alegria.

(Se escucha rumor de gente que viene.—JAHEL con la espada en la mano sale de la tienda.—BARÁC baja de una altura. Detrás viene DÉBORA y todo el ejército.—Débora queda en una colina y á sus lados y detrás el ejército. Barác adelanta hácia la escena. Jahel sale á su encuentro.)

ESCENA V.

TODOS.

JAHEL. A quien buscabas, señor
que dejas el campo así?
BARÁC. Busco á Sísara el traidor.
¿Sabes donde se halla?
JAHEL. (Señalando á la tienda.) Aquí.

(SÍSARA que cayó al suelo al ser herido por JAHEL, dice los siguientes versos en el esfuerzo de la agonia.)

SÍSARA. ¡Ah! yo me muero..... Jahel
ha salvado al israelita.....
(Dirigiéndose á JAHEL.)
¡Maldita seas!.... ¡Maldita
la libertad de israel! (Muere.)

(BARÁC entra.—JAHEL queda en la puerta.)

BARÁC. ¿Qué miran mis turbios ojos?
¿Es verdad ó fantasía?
¡De Sísara los despojos!

JAHEL. Murió por la mano mia.
(Sale BARÁC. á la escena.)

BARÁC. ¿Qué escucho?

JAHEL. Sí, yo; Jahel,
(Dirigiéndose á DÉBORA y al ejército.)
le arranqué su vida odiosa,
en nombre de la ominosa
servidumbre de Israel.
He olvidado su amistad
y su sueño he sorprendido;
á la voz cerré el oido
de santa hospitalidad,
y solo en la triste suerte
de mi pátria meditando
dije—¡muera! si su muerte
rompe su yugo nefando.
(DEBORA baja á la escena.)

DÉBORA. Saludemos la infinita
justicia de Dios y gloria;
y el éco de la victoria
por los aires se repita.

(La orquesta entona una melodia que no cesa hasta que cae el telon.—Los versos asi acompañados deben decirse con pausa, y marcándolos perfectamente. A medida que llega DÉBORA á las últimas redondillas, recitará con mayor entusiasmo.—Al mismo tiempo aparecerá la escena iluminada con bengalas.)

DÉBORA. Cantares de bendicion
entonaré en este dia:
escuchad cuál mi alegria
repite mi corazon.
Reyes de la tierra, oid
de mi gozo el éco fiel;
pueblos todos, bendecid
al Dios santo de Israel.
De luchas fieras cansado
y su esperanza perdida,
Israel gimiendo olvida
el valor que Dios le ha dado.
Los varones belicosos
que nunca débiles fueron,
temblando tristes, gimieron
bajo yugos ominosos.
Cobardes como mujer,
ni supieron combatir,
ni valerosos morir
antes que cautivos ser.
Pero despertando el alma
del letargo en que yacia,
no pudo sufrir en calma
el yugo que la oprimia.
Entonces el pueblo siente
que la vida es senda oscura
si en la vida no fulgura
la *libertad* prepotente;
y audáz se lanza al combate
en nobles iras ardiendo,
y Dios, por él combatiendo,
sus enemigos abate.
Y el opresor altanero
que maltrataba á Israel
muere, bajo el golpe fiero
de la sublime Jahel.

Ejemplo triste y fecundo
de la justicia infinita,
dá á los Príncipes del mundo
con su roja sangre escrita,
(Señalando á la tienda.)
la muerte del vil tirano
que obedeciendo á un verdugo
oprime en funesto yugo
al hombre que era su hermano.
(Con grande entusiasmo.)
¡No mas déspotas! Alzad
la frente que el viento orea!
¡Oh pueblo! ¡bendita sea
la sagrada LIBERTAD! (Cae el telon.

FIN.



Se vende á **CUATRO** reales ejemplar.